

## LIBROS

**Alberto Giordano: *Roland Barthes. Literatura y poder*<sup>1</sup>**  
Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1995.

**Jorge Panesi**

Según cierto rumor casi constante, desapercibido, ligeramente insidioso, —como los auténticos rumores—, habría en Rosario una “nueva crítica”. Lo desapercibido del rumor, desde luego, se convierte en axioma, en una monolítica verdad de lo desapercibido, porque en Rosario siempre hubo una “nueva crítica”, o si se quiere, la permanencia de una crítica que se sabe y que se espera como novedosa. Habría que refrescar en la memoria ese momento previo a la dispersión en que Prieto, Rosa, Ludmer, Gramuglio, hubieron de confluír en algún punto ideal de esta ciudad y sin saber que lo estaban haciendo, o con esa seriedad infantil que decide estropear aquello mismo con lo que juegan, mostraron, sin pretender mostrarlo, que había otras maneras de hacer crítica. Permanencia no quiere decir aquí genealogías o paternidades que aluden a los combates simbólicamente sangrientos entre las generaciones (por motivos personales, tal vez mezquinos, creo con ingenuidad en la mezcla de las generaciones), ni tampoco exclusivamente a esa suerte de paternalismo académico que traslada la autoridad familiar a las relaciones de enseñanza. En materia de enseñanza literaria, qué cosa sea un maestro y qué cosa sea un discípulo, me sigue pareciendo un misterio que es mejor dejar en el misterio, pues la literatura, que desborda las conflictivas relaciones pedagógicas, posee en sí maestros ya muertos con la ventaja innegable de que no es necesario matarlos, y la doble ventaja de que la crítica siempre anda resucitándolos.

Permanencia querría decir aquí una comunidad de trabajo y una comunidad para el pensar independiente, como una inadvertida sociedad secreta, sin consignas, sin ceremonias, sin secretos, cuya única y no revelada consigna corroe, sin proponérselo, los centros del pensar establecido. Lo insidioso del rumor tiene que ver, justamente, con ese centro tenaz que arroja consignas a las supuestas periferias; por ejemplo,

<sup>1</sup>Este texto fue leído en la presentación de *Roland Barthes. Literatura y poder* de Alberto Giordano (Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1995), en Rosario, en octubre de 1995.

el lugar de donde la pretendida novedad de la crítica proviene. Sin ver eso que caracteriza el trabajo intelectual en Rosario: alternar la novedad con la permanencia. No, no hay nueva crítica en Rosario. Es, a lo sumo, un rumor porteño, vale decir, casi como todo rumor inconfesable, la constatación de una alarma narcisista.

Podría decir también de esta crítica rosarina que se afirma afirmando el poder de la literatura. Se empecina en la literatura. Y su empecinamiento tiene algo de intempestivo, como caracterizó Nietzsche a la auténtica crítica cultural. La estupidez del presente sólo se rompería, sólo se aniquilaría (según esta crítica nietzscheana) a la luz de las permanencias de una cultura, no menos que en el develamiento de sus cretinismos históricos. Mientras los centros y periferias de la crítica literaria hablan hoy sobre los más disímiles artefactos tecnológicos o arquitectónicos —y lo hacen alborozados, embriagados por un lenguaje inconscientemente celebratorio que destila la posición desencantada de los mandarines intelectuales convertidos en técnicos de la cultura—, en cambio, los aristócratas de la letra, la nueva crítica rosarina (digamos), persiste, permanece, continúa en el lugar paradójico de la literatura. Que, como nos sugiere Giordano, no necesita denunciar ningún otro lugar social, ni hacer de su territorio el temblor de una conmoción política, sino que opera en el *desplazamiento* de los campos, los lenguajes, las fracturas. En los desplazamientos que mueve la literatura no hay trivialidades ni hondas seriedades: este desplazar es un movimiento de lentitud tenaz, pero a la vez, poseedor de una violencia que resquebraja las jerarquías.

Esta convicción (que Giordano encuentra en Barthes) parece ser el programa empecinado y resistente de un tipo de crítica literaria interesada tanto en la situación pública y actual de la cultura (el hoy o el ahora de las discusiones políticas, culturales, literarias, con sus acuerdos y desacuerdos intersubjetivos) y la a-cronía, la in-actualidad, la des-actualización. Este segundo movimiento, que en principio parecería una parálisis, o una fuerza reactiva, es en verdad la fuerza permanente de un discurso, el literario, cuya mayor potencia consiste no en enfrentar, no en reproducir un debate que lo condena a la alienación de convertirse en una esencia. El tema “clásico” que Giordano encuentra en las sospechosas fases de una liquidación, de una superación o de un precipitado acuerdo inmovilizador lleva el nombre metafísico de “qué es la literatura”. Y si, en efecto, la literatura en su movilidad intrínseca no es nada, nada más que esa pregunta cuestionadora de sí misma y, por lo tanto, de todo lo que se congela en cualquier discurso bajo la forma de una esencia, no por ello nos da derecho a obliterar la pregunta generadora de esa movilidad que Giordano y Barthes llaman “desplazamiento”. Porque curiosamente la dialéctica literaria se paraliza en el instante mismo en que las cuestiones parecen superadas: dialéctica sin superación o borde literario de las cuestiones, que como borde nunca cierra, abrocha, clausura o suprime. El

borde no sería, entonces, el margen de una subordinación sino un desbordamiento incesante de lo literario sobre los otros discursos.

Por eso Giordano, sospechando la rapidez poco pensante de esos críticos ávidos de entrar en el manual (el manual literario es el libro de las verdaderas defunciones críticas, el cementerio de las cuestiones congeladas e irresueltas) no vacila en relanzar la pregunta “¿qué es la literatura?”, consciente de que poco vale la respuesta o la misma formulación de la pregunta, fuera de un contexto que la crítica necesita definir, crear, inventar o solicitar, como un derecho al exceso y al desbordamiento. Si la literatura se inventa, si la crítica se inventa, no es por la excentricidad social de su posición, por lo que Barthes llama “atópica” o “no-lugar”, al revés, se inventa en la dependencia más absoluta de los otros discursos. Esa dependencia es la que, precisamente, le permite su juego en forma de un plus no situable, o de un vacío que crea su propio movimiento. Y se podría decir que esta negatividad todo-dependiente de la literatura garantiza las jugadas de renovación de los discursos cuyo juego finge repetir para relanzarlo otra vez en forma de pregunta o de imperceptible deslizamiento. Como Giordano y la pregunta por el ser de la literatura.

Y no hay nada de inefable en este desplazarse o en este plus de los bordes que la literatura sobreimprime en el movimiento de los discursos y las cuestiones; nada de misterioso u oculto, como si fuera el más allá de una mística sin nombres. El *poder de la literatura* (y ese es el tema del libro de Giordano que desplaza así la cuestión clásica “Literatura y poder”), muy por el contrario consiste en el alto potencial de formalización que intrínsecamente posee. Formaliza los imperceptibles, las inestabilidades, los deslizamientos micrológicos y hasta las catástrofes innominadas, imperceptibles, innombrables, que los sistemas no pueden ni percibir ni nombrar. Más que ser la transgresora absoluta, en sí misma y por sí misma, la literatura hace visible lo que se desplaza en los sistemas, lo que estos tienen de ceguera y de imponderable. Pone nombre a la alteración que se insinúa en los resquicios. La literatura no es otra cosa que poner nombres. Y el arte de deslindar que la crítica literaria comparte en intimidad con su llamado “objeto” no es otra cosa que nombrar, deslizarse entre los nombres. Y es así como la intuición de Barthes caracterizó la lectura: el movimiento y el acto de ir poniendo nombres, otros nombres. Quizá Barthes permita descubrir cómo el placer o el goce de la lectura crítica, esa avidez inquieta que caracterizaba su escritura, esa reconocible *gourmandise* autosatisfecha del estilo crítico barthesiano, resida enteramente en el regocijo casi infantil de volver a nombrar, neologizar, y reinventar lo que se va leyendo.

Quizá la empresa final de Barthes, el inevitable “último Barthes” (con comillas en mi texto y con comillas en el texto de Giordano, para tomar distancia de esa convención que divide cómodamente entre primeros y

segundos Wittgenstein, Borges, Nietzsche, o mortales en general), bien puede ser también la empresa primera, y que consista en haber querido inventar una narrativa erótica de la lectura. El fantasma o novela familiar de un amante-lector (el crítico literario) como un Don Juan eternamente satisfecho e insatisfecho a la vez, y que no puede desentenderse del acto por el cual burla a sus amantes, ama para dejar y finalmente ama, goza y se regocija en el acto mismo de inventar razones que justifiquen la repetición del querer amar, gozar, gustar. El arte de amar en fragmentos amorosos de una lectura siempre fragmentaria que sólo se satisface en la finalidad, insatisfactoria por naturaleza, de ponerle nombre a los fragmentos. Habría que recordar aquí al otro gran crítico literario de este siglo, Walter Benjamin, que ironizó esta relación de lectura como una erótica y como una economía calculable en un libro aforístico y fragmentario:

*“Los libros y las prostitutas pueden llevarse a la cama. Los libros y las prostitutas tienen cada cual su tipo de hombres que viven de ellos y los atormentan. A los libros, los críticos.”*<sup>2</sup>

No sé si, como pensaba Barthes, quien escribe, y en función de esa erótica prostibularia de la crítica, al escribir produce siempre un gesto de autojustificación o de defensa de su sexualidad. Inscribir la sexualidad no es igual a representarla, como si se la acomodara para rendir cuentas ante un tribunal. No es propio de la sexualidad justificarse, o no le es esencial, por lo menos, esta faz pública que exige la defensa. La justificación última de la sexualidad es que no se justifica ante sí misma. En sí misma y por sí misma, la sexualidad rechaza las justificaciones. Como la literatura. Digo este desacuerdo con Barthes porque la crítica literaria *sí* está empeñada, o bien en ser un tribunal de razón, o bien en dar razones ante los tribunales. Es algo que la constituye y de lo que no puede huir, aun si, como en el caso de Barthes, su crítica se erija como un movimiento de evitación imposible frente a la doxa, la publicidad, el tribunal de la verdad, la ciencia o la ideología.

Y lo digo también, porque hay un deslinde que Giordano establece con inusual precisión. Se trata de una dimensión pública, representativa y hasta judicial de la literatura o la crítica literaria que Giordano vislumbra aceptándola como inevitable, pero que no le sirve ni a él ni a la literatura para avanzar en el movimiento de deslinde, de plus y de exceso. Lo representativo inevitable del discurso literario es un suelo y la posibilidad de una caída. En ese suelo se debate sin salir jamás, en ese suelo se

<sup>2</sup>Walter Benjamin, *Dirección única*, Madrid, Alfaguara, 1987, p. 47.

embarra sin levantar alas cierta crítica rival que desde siempre ha capturado los terrenos evidentes de la literatura, confundiendo la evidencia con las razones de la política, que nunca son totalmente evidentes, en cuanto la retórica política es el arte de camuflar las evidencias. La crítica en cuestión, la antítesis de aquello que Giordano pone en práctica en este libro, suele llevar por nombre “crítica sociológica”, y Giordano casi no la nombra, salvo de soslayo y a pie de página alguna vez, no tanto para oponerse a ella, sino para señalar la estrechez de una concepción literaria que reduce aplanando el funcionamiento de su objeto. La reducción, más que denunciar las estrecheces literarias de tal crítica sociológica, muestra una lección desaprendida en la lectura y que pudo ser eficaz para la práctica política misma: el fracaso crítico es el fruto de concebir en forma limitada aquello que se considera político. Un problema de alcance, puesto que la lección literaria para esta crítica, —siempre secretamente y en vano entregada a su vocación pedagógica— es que lo político de la literatura desborda el marco de la política, lo cual, no quiere decir tampoco —como bien lo deja traslucir Giordano—, que no se ajuste a los marcos de la política. Habría que decir: se ajusta desajustándose y desajustando los marcos de inscripción. O lo que es lo mismo: el poder de la literatura, el poder político de la literatura, se halla en la posibilidad de reescribir lo político inscribiéndolo en otro lado.

Es extraño (extraño para mí, quiero decir) observar cómo Giordano, que teniendo como enemiga a un tipo de crítica casi dominante en las cabezas bien pensantes de Argentina, apenas polemice con ella. Extraño para mí, porque siempre he leído los ensayos de Giordano como trabajados por el *pólemos*, por una vocación polémica. Que es otra de las auténticas vocaciones de la crítica: hay en esta manera de escritura un deslizarse íntimo, imperceptible en relación a los textos; y por otro lado, frente a esos mismos textos, un despliegue que enfrenta necesariamente el ruido de las otras interpretaciones. Vocación polémica de la crítica que es también una forma de la política. Quizá el objeto Barthes contamine un poco a su crítico, por cuanto los ideales barthesianos sean el confort, la discreción y el rechazo de lo polémico. Pero me parece una explicación insuficiente o tibia. Evitar el enfrentamiento es sencillamente una estrategia trazada en función de la eficacia. Evitar el ataque frontal contra otra concepción de la literatura, de la crítica y de la política, no significa que se anule el desacuerdo. Y el desacuerdo, en este caso, es inmenso.

Pasa por el poder de la literatura, justamente. Algo que Giordano, siguiendo a Deleuze llama “superstición sociológica” y que consiste en ***Crear que la literatura es homogénea a los discursos sociales.***

O aun la creencia de que los contextos son en sí suficientes para explicar el sentido de aparición de una obra. Para esta crítica no hay poder de la literatura, sino poderes políticos y sociales que la literatura

reproduce.. La literatura, para esta concepción, juega solamente como apéndice de un juego mayor que se libra en otra parte y siempre en una temporalidad anterior.

La razón social de la crítica es la polémica —con otros críticos. Lo dice también Benjamin en “La técnica del crítico en trece tesis”<sup>3</sup>:

· “El crítico es un estratega en el combate literario”

· “Para el crítico, sus colegas son la instancia suprema. No el público. Y mucho menos la posteridad.”

Lo que se disputa en el poder de la literatura, o en este debate crítico muy insistente en las páginas de Giordano, es la ética y principalmente la ética de la crítica. Que dos posiciones no se entiendan, que eventualmente polemicen revela una dimensión ética (como tampoco se le escapaba a Benjamin). Pero este libro no quiere polemizar en vano (y estaría aquí la explicación clave), porque no todos los debates son interesantes, ni tampoco nos precipitan de hecho en la dimensión política de la literatura, aunque se llamen a sí mismos “políticos”:

La institución cultural “literatura” puede participar, interviniendo en ellos o manifestándolos, en los debates de todo tipo que tensionan la vida de una sociedad (debates en los que se discute —por dar ejemplos de actualidad— el valor de las nacionalidades, de los géneros sexuales, de las culturas populares). Puede decir que esos debates, que a veces se preferiría permanezcan inadvertidos...<sup>4</sup>

Torneos de interpretación crítica para los que Giordano siempre se ha mostrado en disposición casi gimnástica. Aquí el torneo se libra también con los manuales (el de Culler y una guía de Andreas Huyssen), a los que Giordano con rigor les señala sus límites, su ceguera y su lectura convencionalizada. El principio es el siguiente:

...una tentativa de reducción a lo mismo (los valores de una sociedad dada) que no es nada —nada más que tema de investigaciones destinadas a ser recicladas por manuales— sin la inquietante irrupción de lo diferente que la acecha<sup>5</sup>.

Y el motor de la impotencia lectora es denunciado, siguiendo a Blanchot, como uno de esos “grandes reductores”, que hoy campean en los *soi-disant* “Estudios culturales”, de los que este libro toma una prudente e irónica distancia.

Y llegados a este punto, podríamos preguntar “¿por qué Barthes?” (y aquí debe leerse una reticencia en mi gusto particular: Barthes nunca ha

<sup>3</sup>Walter Benjamin, *cit.*, pp.45-46.

<sup>4</sup>Alberto Giordano, *Roland Barthes. Literatura y poder*, pp. 37-38. Los subrayados son míos.

<sup>5</sup>*Roland Barthes. Literatura y poder, cit.*, p. 38.

logrado inquietarme). Razono tres explicaciones para esta insistencia de Barthes en nuestro campo.

**Primero:** la crítica argentina, o buena parte de ella, siempre ha tenido una vocación política que ha ido a la par con un deslumbramiento por la obra de Barthes, sin lograr nunca sintetizar esos declarados afanes políticos, ni con el Barthes aprendiz de brujo científico o semiológico, ni menos aún con el Barthes *gourmand* y anti-ideológico de *El placer del texto* (en cambio, otra crítica argentina, menos politizada, consumió hasta atorarse dosis estupefacientes del Barthes signico o psicoanalítico).

**Segundo:** la crítica argentina siguió los vaivenes teóricos de Barthes con deslumbramiento especular, se leyó allí o creyó descubrir allí sus propias perplejidades teórico políticas.

Y **tercero**, alguien como Giordano lee a Barthes a partir de sus efectos de intensidad, o en términos de fuerza. El goce y el placer del texto son de este modo fuerzas activas o reactivas frente a lo conocido. Porque no lee a Barthes allí, donde la comodidad crítica exige con bienestar complaciente ir a reconocerlo, Giordano devuelve al texto barthesiano su dimensión ético-política.

Lo lee desde donde el texto no se espera, descifra inesperadamente lo que la crítica argentina ha puesto con resignado afán tranquilizador para tranquilizarse a sí misma. La crítica descoloca y vuelve a colocar incesantemente la dimensión política de la literatura que nunca se encuentra en el lugar esperado, en el lugar consabido (como Barthes mismo sentenció).

Lo que no se espera es que Deleuze permita interpretar el gesto político de Barthes: esto es, no como una homogénea coherencia, sino de intensidad efectiva que hace de las fracturas propias una fuerza cuya duda contamina el resto. Así, frente a Culler que cree en una recaída impresionista del "segundo" Barthes, Giordano nos recuerda, en una nota, que este obstinado semiólogo, en plena faz científicista, ha dudado de la existencia de un objeto posible para la ciencia que pretendía fundar. Como si Giordano dijese: "para la crítica, la fuerza política puede nacer del discurso que se atreve a horadarse a sí mismo en los momentos de su mayor euforia teórica".

Esto es exactamente lo que en el libro se llama "una teoría ética de la lectura literaria". Su axioma reconocido en Barthes y detectado por ausencia, tanto en la crítica sociológica argentina como en los comentaristas de Barthes, advertiría que la lectura, si cae en el molde reproductor del clisé, fracasa aun con las mejores, sanas y valientes intenciones políticas.

La ética de la lectura de Giordano siempre ha sido, me parece, apartarse del estereotipo y mostrarlo en el momento en que enceguece el trabajo crítico de los otros. Y no porque el clisé no tenga sentido (al contrario: lo tiene en exceso), sino porque caer en él implica la pérdida de fuerza.

Si Giordano se ocupa de Barthes (y me vuelvo a preguntar “¿por qué Barthes?”), es para señalar que todo cuanto en él no ha sido leído en sus articulaciones políticas, dibuja la torpeza de una crítica —la argentina— que ha sabido desde siempre qué cosa es la acción política, qué cosa es la literatura, y qué cosa lo social. La crítica que lee de antemano la propia respuesta en el gesto de anticipación ciega.

No sé si es el propósito de Giordano enjuiciar así la historia de la crítica literaria en Argentina, descolocando a uno de sus fetiches, pero su trabajo permite meditar ese enjuiciamiento latente. Hace posible meditarlo.

Lectura intensa, que a la vez intensifica aquellos otros textos releídos al margen y con Barthes. Notoriamente, Deleuze y Blanchot. Que no son aquí meros aparatos teóricos, métodos o marcos conceptuales, como suele decirse en la jerga, sino operadores de intensidad.

Y sólo conozco a un lector que haya leído con tal intensidad la narrativa de Blanchot. Es Jacques Derrida, cuyo gesto me recuerda este libro de Giordano. Digo y repito la palabra “intensidad”, y quiero decir, tanto para uno como para el otro, aprender a teorizar en la literatura para que la teoría no se convierta en otro fetiche de certezas. Como Barthes que, gracias a Giordano, vuelve a hablar a la crítica argentina, pero esta vez para recordarle que por cada plenitud hallada, la literatura devuelve un millón de incertidumbres.

**Eduardo Grüner: *Un género culpable. La práctica del ensayo: entredichos, preferencias e intromisiones*<sup>1</sup>**

Rosario, Ediciones Homo Sapiens, 1996

**Juan B. Ritvo**

**I.**

Los distintos ensayos del libro de Eduardo Grüner modalizan los múltiples o más bien infinitos vínculos de la política con la literatura, pero no a la manera insulsa de la llamada interdisciplina sino según una calculada (pero no prevenida) contaminación que lleva a la política la

<sup>1</sup>Este texto fue leído durante la presentación del libro de Grüner (Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 1996), en Rosario, en mayo de 1996.